

ARGENTINA: CAPITULO PARA UNA BIOGRAFIA NOVELADA

Como fuente del conocimiento histórico, se olvida con frecuencia la literatura, sobreestimando el valor de un documento donde se refleja el mundo que el escritor, creando ficciones, registró en sus libros. Por cierto que no siempre la obra literaria es documental en cuanto a la realidad del instante en que fue escrita, pero existe una literatura que ofrece testimonios inhallables en otros sitios, de más valor intrínseco que las fuentes paleológicas o diplomáticas. Ocurre esto porque el texto fue producido en el instante mismo del acontecer que relata y del cual el autor estuvo saturado, porque era la atmósfera que respiraba, el paisaje en que se movía y la sociedad de que él mismo formaba parte. Es lo que documenta para la posteridad hábitos y costumbres, pasiones, mitos y esperanzas. Como ejemplo de lo que vale la obra literaria para el conocimiento del pasado, sobre todo en lo que es entraña de un pueblo, las letras castellanas ofrecen dos ejemplos admirables: el Poema del Cid y el Quijote. En nuestro país, otro poema: *Martín Fierro*.

El documento frío nos presenta datos, fechas, hechos jurídicamente ciertos, episodios, pero con todo eso en la mano no tenemos del panorama histórico sino un esqueleto que debe llenarse con razonamientos, con comparaciones, estableciendo la relación de unas cosas con las otras. Con la imaginación en buena parte, sobre todo si se anda en busca del espíritu que

aninaba la época y hacía caminar a los hombres sobre la tierra. Luego de escribirse muchas biografías, se llegó a la conclusión de que los personajes tenían vida real cuando el biógrafo puso algo por su cuenta, nacido con el conocimiento de los hechos pero olvidando en cierto modo la documentación objetiva y concreta, para que en una tarea de destilación de todo surgiera el ser humano, sensible y con todas las variantes, las fortalezas y las debilidades del ser humano. Los próceres, sobre todo los próceres de nuestra historia oficial, no fueron vistos así y por eso los tenemos como símbolos en el mármol pulido y en el bronce patinado. Con todos sus excesos y con todas sus arbitrariedades, la biografía novelada, nacida del deseo de acercarlos a nosotros y de comprender a los personajes históricos, es indudable que nos los ha presentado con una mayor realidad y exactitud, si no de fechas sí de almas.

Nos interesa la historia de nuestra tierra y ocurre que muchas veces no la entendemos, no nos la explicamos ni la encontramos satisfactoria con el simple repaso de las crónicas y de las deducciones que, con los documentos en la mano, hacen los historiadores. Y ocurre también que el panorama se aclara cuando penetramos en la literatura escrita en el momento preciso que nos interesa. Sin embargo el escritor, el escritor de novelas por ejemplo, no tuvo el menor propósito de hacer historia, como tampoco lo tuvo el viajero que contaba llanamente lo que veía en las tierras que iba visitando. Muchas veces, novelistas y viajeros son sin embargo quienes mejor nos hacen conocer el pasado. En el caso de nuestra Argentina resultan fundamentales para ese conocimiento, con el agregado de que además del pasado nos hacen comprender el presente, que es su consecuencia. Ellos nos sirven para escribir la biografía del país, una biografía novelada, es cierto, pero biografía que, como las de los individuos, tiene palpitar de vida, más relación tal vez con la biología que con la arqueología.

Esta biografía nacional o regional tiene mayor consistencia humana y ofrece más seguridad para el estudioso que la biografía novelada de personajes, desde que no se escribe a la

distancia ni fuera de él mismo, que es como fundamentar de segunda mano, sino metido el autor en el hervidero social que retrata. Por eso mismo, aun no queriéndolo ni proponiéndoselo, el escritor da el documento que puede no ser legible a primera vista pero que de todos modos carece de claves y no necesita interpretaciones alegóricas, como puede ocurrir con las leyendas o los relatos folklóricos.

Personalizando un país, una región, un pueblo, la historia puede ser biografía; estudiada en sus novelas, la biografía resulta biografía novelada. Como en todas las biografías, el personaje tiene la virtud de ser siempre el mismo y siempre distinto, según el enfoque y según el aspecto que de él se estudie o las preferencias del biógrafo. Un capítulo de esa biografía, relatado por quien tiene su propio punto de vista, puede ser este que trataremos hoy y que alcanza, sin límite preciso en el calendario, medio siglo de nuestro pasado, tal como se refleja en algunas creaciones novelísticas.

Los primeros tiempos de las agrupaciones humanas no brindaron novelas, aunque de novelesco tienen mucho algunos relatos milenarios. Fueron épocas de mitos y de fábulas a los que se asigna un oculto o descubierto simbolismo. Frazer, en *La rama dorada*, ha ahondado en el sentido de estos documentos de la mente primitiva, tratando de desentrañar su significado y su esencial similitud a través de las épocas y de las distancias. Más tarde, la leyenda, rica a su vez en simbolismo, asumió categoría literaria y nos dejó un inestimable documento dentro de la ficción.

En la Argentina no podemos contar con esos documentos primitivos, porque los que hay se refieren al aborigen; son piezas que pertenecen a un pasado que está en la nebulosa casi y a un mundo desaparecido, puesto que nosotros no prolongamos la sociedad indígena de América sino la que la suplantó, la hispánica de la Conquista y la Colonización, que fue la de la Península y no más que en parte, porque hábitos, costumbres, inquietudes y esperanzas o desesperanzas que alentaron a los duros soldados de las "entradas" y a los secos corazones de los trafi-

cantes, no fueron las del "cómún" sino las de los más osados, los más desesperados y los más desplazados de ellí que se metieron en las naos para correr la grán aventura.

El conquistador fue a lo sumo cronista. Algún rimador que la historia descubre tiene ahora tan sólo el valor de lo anti-guo o primitivo. No hay que pensar en la ficción novelesca, salvo la filtrada de contrabando en el relato o el poema, con ribetes, uno y otro, de historia novelada. Podría decirse que lo novelesco se vivió y no se escribió. Lo novelesco, escrito, parte para nuestro país de una época muy posterior y salió de la pluma de quien nos dejó páginas que tienen un extraordinario valor documental y un profundo significado para el conocimiento y la interpretación de nuestra sociedad. Con *El matadero*, de Esteban Echeverría, se funda en el Río de la Plata el género novelesco. El cuento se publicó mucho después de los días en que fue escrito, cuando ya otras producciones de la incipiente novelística habían visto la luz, pero para nosotros es siempre el primero.

Es curioso que la documentación novelesca de la Argentina principie por tomar de personaje a la institución que tanto ha influido en nuestra historia. El matadero es como símbolo de un pasado que está más allá y más acá de la época rosista, porque el matadero puede ser también el saladero, de primerísima importancia para fijar los destinos de una patria naciente, y el frigorífico de más tarde, que no la tiene menor; representar el ganado, no el de los cantos de Bello y de Lugones sino el de los dueños de campos y haciendas —de los que se edueñaron de los campos y de las haciendas en un momento preciso, matando a los indios cuando fue necesario— y sobre todo representar una época, la del patrón de estancia como gobernante y el degüello como ley.

El matadero documenta una política y sobre todo documenta una realidad social. También una sensibilidad humana. Matasiete simboliza el sistema de violencia que regía en la época de la dictadura rosista. El Restaurador, patrón de estancia y caudillo de bárbaros, está en las alturas, con las riendas

en las manos, mientras los matarifes, brazos ejecutores de sus designios, accionan. A la plebe se dejan los desperdicios, las tripas de las reses faenadas, a los dioses les hacen rogativas para que hagan llover y a los adversarios se les canta el "violín y violón" al compás del arco filoso que les acaricia el cuello.

Los unitarios, lejos de la patria, combatían el sistema con documentos panfletarios, pero ninguno tendría la resonancia popular del que se manifestara por medio de la ficción. En verdad que mucho de esto, de creación novelesca, por el estilo de la prosa sobre todo, acusa *Facundo*. *Facundo* está saturado de un espíritu romántico, y el hecho mismo de que en el episodio de la muerte de Quiroga siguiera su autor la narración de un romance anónimo, nos habla de una documentación que va más allá de lo puramente judicial.

Pero la época de Rosas, su sociedad ciudadana, su sistema de gobierno, sus métodos y hasta el alma de sus servidores, la traemos hacia nosotros con sus características más humanas y reales en *Amalia*, la novela de José Mármol. Mármol hizo un argumento histórico escribiendo sobre la sociedad de su tiempo y lo histórico reza para nosotros, que podemos pulsar las palpitaciones de los seres que hace más de un siglo vivieron una lucha de sacrificios para salvar a la patria, pero sobre todo el bullir de un mundo de pesadilla, donde todas las bajezas se premian y la conducta honrada se persigue con ensañamiento.

Mármol siguió las huellas de los novelistas de la historia y de los escritores señeros del romanticismo, pero tuvo el gran acierto de no ir al pasado lejano para escribir su relato histórico, sino que procedió a la inversa, trasladándose él mismo a una época posterior. Como si viviera cien años después, contó lo que sucedía en sus días, para lo que no tuvo que desenterrar viejos pergaminos ni perder la vista escudriñando en polvorientos infolios sino, simplemente, adobar con episodios de su invención los sucesos de todos los días, vistos de cerca y sufridos en la propia carne. Es posible que la creación haya superado las esperanzas mismas del creador, que declamó após-

trofos contra el tirano pero hizo en *Amalia* su más perdurable y terrible acusación.

Amalia transeurre en una de las épocas más duras del rosismo, la del terror desatado y del miedo enseñoreado de Buenos Aires. Es, indudablemente, una buena novela. Hubiera sido perfecta, dentro de su escuela, de haberla depurado el autor de lo que tiene de extranovelesco y que puso allí para que diera fundamento documental a la ficción. Pero, cosa curiosa, las consideraciones sociológicas, históricas y políticas, la transcripción de documentos reales y testimonios que dejaron protagonistas que vivieron de verdad, no son los que nos reflejan el momento sino lo otro, que es la presentación de personajes novelescos, que muchas veces son, sin cambio de nombres, los mismos que existieron en carne y hueso. Lo que pone la pluma del novelista y lo que se mueve en la pura ficción es, para nosotros, lo que mejor nos hace penetrar en ese instante de la historia argentina y comprenderlo. La novela tiene sus héroes, que son como la sublimación de los que ocultos aquí o reunidos en Montevideo luchaban contra la dictadura, pero esos personajes son convencionales, los que encarnan el romanticismo de moda. Los secundarios, los que podían incluso no tener nombre porque incluyen a muchos en uno, esos son los que más nos acercan a la época. Los insaciables mazorqueros, doña María Josefa, diabólica jefa del servicio de espionaje, Cuitiño, que podía ser el capataz del matadero echeverriano, Mariño, pendoлиста de alquiler, el cura Gaete, borracho y mujeriego, el maestro Cándido Rodríguez, que llega hasta pedir que lo pongan preso para salvarse de que lo persigan.

En ese mundo la delación y el miedo fundamentan el sistema de gobierno. Los ministros son sirvientes que hacen lo que les mandan y ni a interpretar deseos del amo se atreven. El personaje de alta posición pide dinero que le prestan sabiendo que no lo devolverá; quien tiene algún poder es el más servil y el más temeroso del dictador, a la vez que el más despiadado perseguidor de adversarios, que pueden ser sospechados adversarios políticos y seguros adversarios personales. Has-

ta un diplomático anda por ahí haciendo de perro faldero del señor feudal.

Pero lo que mejor refleja ese tiempo, en cuanto a los tipos humanos que apuntalaron la dictadura, es el desfile de la plebe, integrada por negros y mulatos aunque no faltan tampoco los blancos. No es un descenso de los de arriba ese demagógico acercamiento suyo a las clases más bajas de la sociedad, sino más bien la reunión de quienes esencialmente están a la par, la hermandad o asociación que forman individuos que aportan distintos capitales y reciben la retribución según el valor de los aportes: los de arriba la ventaja política, implícita la económica, porque el gobierno sirve para incrementar los negocios, extender las leguas de campos y aumentar las cabezas de ganado; a los de abajo, socios que ponen el hombro, o el cuchillo, se les dejan las achuras o poco más. La sociedad está organizada para el servilismo, la adulación y la delación. El pobre cree que es el beneficiado y a mucho honor tiene ser tratado de igual a igual, según a él le parece. Doña María Josefa comparte el mate con un hombre del pueblo que la trata de "Usía y le responde: "Tráteme como quiera, no más. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un frac o un sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales porque somos federales...". Es la democracia de las dictaduras, democracia plebeya y no popular, donde la dama de influencia dirige el espionaje y cobra en regalos los favores. Nosotros, a cien años de Rosas, hemos conocido muy bien el sistema, sistema de domesticación, en que se establece una competencia que no ganan los de abajo, porque en adular y en servilismo los primeros son altos personajes, entorchados algunos y con sotana otros. Repartiendo prebendas que son en grande y en pequeño los despojos de la Nación, se logra la fidelidad canina, y apretando el puño que muchas veces cierra el mismo miedo, es como se gobierna por el miedo. El terror y más que el terror mismo el miedo al terror, eso, a través de *Amalia*, es lo que da la tónica de la sociedad del año 40. Los rebeldes tendrán que fugar, llevando con ellos la idea de la li-

bertad. En ese año precisamente había de grabar en la piedra, camino del exilio, la frase famosa de que las ideas no se degüellan el entonces joven Sarmiento, quien, al decir de Groussac, “no había tenido ante sus ojos, a esa edad en que las impresiones son indelebles, otros ejemplos que el brutal despotismo de los más osados a los que se permitía todos los atropellos, que la sumisión de los más débiles y la complicidad de la gran mayoría, que no pedía otra cosa que vivir a toda costa”.

Contemporánea en la redacción fue una novela de la época, escrita por Juana Manso, y otras se escribieron poco después, pero la de Mármol es la que quedó de señora. En realidad es nuestra primera novela, porque los ensayos poco anteriores de Juan María Gutiérrez o Bartolomé Mitre tienen el valor de la literatura precursora.

Costó sangre la lucha contra la tiranía, y quienes arriesgaron la tranquilidad y la vida asumieron la tarea de organizar un nuevo estilo de vida. Fe y esperanza alentaron esa lucha, pero el triunfo no trajo la tranquilidad ni las leyes escritas modificaron la sustancia de una sociedad en período de formación. Y fue precisamente quien más voluntad y sabiduría pusiera en el dictado de esas leyes, hasta ser el autor de la ley suprema de la Nación, quien mostrara la amargura de la desilusión y el fracaso, en un libro de imaginación, que llamó “Cuento” y tituló *Peregrinación de Luz del Día, o viaje y aventuras de la Verdad en el nuevo mundo*. La Verdad, huyendo de Europa, viene a estas tierras, donde supone no ha de dar con los farsantes que allí encuentra a cada paso. Sin embargo está con ellos ya el primer día, solo que aquí no tienen el mismo traje sino que se disfrazan con el que mejor se aviene para sus fines. Tartufo se viste de liberal y Gil Blas tiene como patrón nada menos que al pueblo soberano y sirve a la política, que es la gran industria de estos países. El señor Don Quijote ha quedado muy por debajo de su escudero, quien hasta le propone tomarlo a su servicio, y se dedica a organizar una república de carneros.

A través de la novela Alberdi da su lección de sociólogo y de disector de la sociedad. Y habla de que copiar leyes de los

norteamericanos de nada sirve porque no son las leyes las que harán libres a los pueblos sino a la inversa, los pueblos libres a las leyes; de que poblar como se está poblando no lleva a la libertad sajona sino a la libertad greco-latina, que no es lo mismo. Dar leyes de pueblos libres a pueblos de carneros no transforma a éstos en ciudadanos y que se haya conseguido la libertad exterior con ayuda de los militares no implica que los militares nos den la libertad interior. Para lograrla se hicieron las guerras de la independencia, pero dentro de nuestros territorios nada ha cambiado, pues militares y caudillos asumieron el gobierno personal del país y esto no fue la libertad en acción sino su reverso. Alberdi dice que los libertadores han sucedido a los libertadores, “pero la libertad interior, es decir, el gobierno del país por el país, no se ha dejado ver ni existe todavía en Sud-América (...) Existe el simulacro, la imagen, la ficción de la libertad, pero la libertad es ficticia, es a menudo máscara de la tiranía. (...) La tiranía, como la libertad, está en el modo de ser del pueblo mismo. La tiranía es la causa, el tirano es el efecto”. Esas son frases suyas. Dice también que ha fallado la inmigración para constituir un país libre y han fracasado los programas de libertad por algunos escollos fundamentales. “El primero es la *gloria*. La gloria por excelencia, en Sud-América, es la gloria militar. Sus más grandes hombres, sus más grandes nombres y celebridades, son todos militares y guerreros...” El segundo escollo es la ignorancia.

Volcó Alberdi en este libro de sarcasmos toda su amargura, viendo el fracaso de su brega por la organización del país. Así se desprende de la lectura de los capítulos de *Luz del Día*. No fue el único desilusionado y el ejemplo, en otro plano, podría ser el de Bolívar, cuando, luego de culminar la lucha para libertar a estas tierras, dijo terribles palabras sobre la anarquía de los pueblos.

La población que Alberdi hubiera querido ver integrada de otro modo está en las novelas que se escribieron poco después. La forman gobernantes y gobernados, ricos por herencia y ricos por enriquecimiento al galope; trabajadores honrados y

vagabundos. Esto en la ciudad, que todavía no es más que la gran aldea. En el interior se está barriendo con los indios y una heterogénea sociedad fermenta con levaduras diversas en las que priman las de gauchos alzados y desertores, quienes integran el regimiento de los fronterizos que están fuera y en contra de la ley. Como los aborígenes por los soldados, estos pobladores nómades que ignoran la propiedad ajena y hasta casi la propia, que de tan poco pesa se transporta a lomo de la cabalgadura, van a su vez siendo desplazados por los que vienen de lejos, con otras miras que vegetar.

Este era un mundo semibárbaro, que se ligaba por un lado con la pura barbarie de las tribus en agonía y por el otro con las avanzadas de la sociedad que quería vivir al modo europeo. No era una división neta, la de la simple fórmula sarmientina, sobre todo porque existía una graduación o escala medida con las leguas que separaban la toldería de la urbe en formación. A pesar del contacto obligado por el tráfico comercial, eran dos mundos distintos. Un novelista documenta muy bien la situación de las campañas: Eduardo Gutiérrez. La suya es literatura de la época y aunque se propuso idealizar al gaucho, este personaje se nos presenta desnudo, tal como fue, un fronterizo aprisionado entre esos dos mundos. No podía amoldarse a la vida de los indios, ya derivados en partidas de asaltantes, ni a la de los que venían de fuera y constituían la familia organizada, del trabajo metódico en el surco y del manejo comercial. Miguel Cané, padre, había incursionado en la campaña con una novela precursora, *La familia Scunner*, donde presenta una estancia que es refugio de los pobres paisanos y lugar de reunión de los gauchos de la región que el autor, hombre de gabinete, retrata como seres primitivos, un poco como menores de edad y en estado de naturaleza. Penetrando en la vida rural, Santiago Estrada dio diez años después escenas de costumbres que muestran un campesinado en contacto estrecho con los centros poblados. No es este el personaje de Gutiérrez.

La sociedad que refleja Eduardo Gutiérrez es otra. El escritor, fijando normas que seguirán sus continuadores, trata de

justificar a su personaje —Juan Moreira es el señoero— presentándolo víctima de la maldad de los puebleros, lo que pudo ser real, porque los puebleros que se adentraban en el desierto no fueron a evangelizar, pero más real era la fatalidad histórica del cambio que se estaba produciendo. Inútil fue la lanza contra el remington e inoperante el facón para contener la marejada de los tiempos nuevos. Así tuvo que ser ese personaje, que la necesidad nuestra de buscar sustancia en la tierra ha ido idealizando para dar lugar al gaucho de la leyenda.

El campo lindero de los indios es el del gaucho de Gutiérrez. Allí no hay sociedad estable, familia organizada, ni escuelas, ni más caminos que los de las rastrilladas. Lugares de reunión son las postas, como la del Lobatón que evocaría en nuestro tiempo Guillermo House, con una ventana que mira a los adueros y otra al lejano fortín, o la pulpería, donde ya al gringo le basta ponerse tras la reja. De familia casi ni puede hablarse, que familia, al modo cristiano, no existe ni en el Lobatón, desde donde las guachitas al hacerse grandes salen en ancas con el primer viajero que hace noche, ni en los sitios de las milongas con trifuleas que documentan *Martín Fierro* o *Pastor Luna*. En verdad que la situación de la mujer en este medio y en este tiempo se fija sobre todo como documento por ausencia.

Pero el país, su pampa, se está poblando. El campo empieza a trabajarse como factoría e interesa mucho más que como surtidor de cueros. La inmigración, aunque prefiere quedarse en la Capital o en las ciudades, se desparrama por la llanura. Viene el inmigrante no tanto en busca de tranquilidad, que ésta la tuvo en su patria, cuanto en procura de riqueza que gozar allí, en un viaje de retorno siempre programado aunque no siempre logrado. Para muchos inmigrantes el viaje fue de aventura y todos venían en busca de un escenario más amplio que el del solar nativo. Los que estaban pegados a la tierra siguieron aquí adheridos a ella y sus hijos formaron más adelante los contingentes de proletarios industriales y campesinos; los que se lanzaron al comercio progresaron a veces y no siempre con la conducta limpia y por el camino recto. Los componentes de la

nueva sociedad no se amalgamaron sino a través de los años y es posible que aun en nuestro tiempo no se hayan fundido totalmente. Por eso, según el enfoque, las novelas nos presentan conglomerados distintos y hasta mundos diferentes. En la Capital se acusa ya esta etapa en *La gran aldea*, de Lucio López, donde se nos ofrece una especie de aristocracia metida tras el mostrador, los dirigentes políticos en maniobras caudillescas de las que salieron gobiernos, y funciones de teatro lírico que sirvieron para copiar costumbres de pueblos con arraigada cultura en su aspecto más visible, de exhibición de escotes y de joyas.

Nos interesa mucho presenciar el progreso de las campañas y la carrera que aquí podía hacer el inmigrante que desembarcaba desnudo de ropas y vestido de ilusiones. La guía puede ser el golfillo creado por Francisco Grandmontagne con mucho de su propia autobiografía. Se llamaba Teodoro Foronda y podría ser el prototipo de los que llegaron a ricos, a lo que no llegó el autor porque —lo confiesa en *Los inmigrantes prósperos*— en vez de seguir el camino que tomó cuando se dedicaba a despachar ginebra a los paisanos eligió el de la pluma. Teodoro principió como peoncito de pulpería y llegó, subiendo escalones, hasta ser socio del dueño y “registrero” en Buenos Aires. Desde Ñahualpa, el pueblo donde no viven más que extranjeros, el mocito recorre las casas de campo y en una de ellas se encuentra y ayunta con una chinita. Dos hijos le dará la moza que al correr de algunos años el padre se aviene a reconocer. La madre, flor silvestre trasplantada a clima adverso, muere pronto, pero los muchachos se crían lozanos y presentan el problema de muchos hogares de este tipo, que nadan en la abundancia pero están carcomidos en su base: la generación nueva, criada con mimos y halagos, ingresa en la sociedad con veleidades aristocráticas y se avergüenza del humilde origen. El drama de Foronda es el drama de muchos, el fracaso final de esfuerzos y luchas cuyos objetivos no se ven y cuya justificación no se encuentra.

Estos inmigrantes trasplantaban aquí las costumbres de sus tierras, hacían romerías y fiestas que les traían la morriña

y el sabor del hogar que allí apenas pudieron disfrutar y en la Argentina resultaba imposible reconstruir. Para Grandmontagne, biógrafo de los “indianos”, la riqueza venía siempre tras el esfuerzo del trabajo, que no es en la tierra sino en el tráfico comercial con siseo. El inmigrante, con la fortuna, adquiere categoría de consejero y hasta de patriarca. Su sabiduría es el saber de experiencia y sobre todo de cómo se gana dinero y se “hace la América”. No habla de los que nunca adquirieron esa sabiduría y encontraron que la América estaba ya hecha, pero de su *Teodoro Foronda* nos queda el testimonio de cómo era un pueblo del interior, un pueblo que merced al trabajo de todos, de los comerciantes que traficaron con los productos de la tierra y de los que trabajaron esa tierra, había de transformarse en ciudad. La pulpería daba la base “mientras el gauchaje siga en su estado degradante (y según todos los indicios ha de seguir por muchos años), el pulpero será su eterna sanguijuela, y no se verá saciada su mamífera voracidad con los escasos girones de pampa que aun se hallan en poder de los incautos y viciosos paisanos”, dice en alguna parte de su novela. Esto es como informar que el inmigrante iba despojando al nativo de su tierra. La estancia de “Los Caranchos”, donde Foronda encuentra a María Bolívar, la chinita que había de darle hijos, seguramente tuvo ese destino, porque si no el gallego del almacén de ramos generales y el inglés que programa la mestización del ganado o el influente que hace tramoyas en los ministerios han de desalojarlo del lugar.

Foronda culmina su carrera ascendente en Buenos Aires, como comerciante mayorista. Al retirarse del comercio dedica sus ocios a los negocios de bolsa. El hijo se recibirá de abogado y llegará a firmar Simón Bolívar, porque encuentra más aristocrático el apellido de la madre, aunque ésta ni supiera nunca quién había sido el propio progenitor, que el del padre, con tufo de labriego.

Entre la capital y el campo se desarrolla otra novela, señera en nuestras letras: *Sin rumbo*, de Eugenio Cambaceres. El primero de estos escenarios nos hace recordar el de *La gran*

aldea, pero visto con otros ojos, los ojos del escritor encandilado por la avasalladora corriente desencadenada por Emilio Zola en las riberas del Plata. Andrés, el protagonista, en algunos aspectos seguramente encarnación de su propio creador, es dueño de campos, estanciero por herencia, que no se ocupa de mejoras en el predio rural sino de despilfarrar la tierra que ganaron o rapiñaron sus mayores, de gastar lo que las esquilas le producen. Ha paseado su aburrimiento por el mundo y en Buenos Aires su ambiente es el del club, el de los camarines y el del tapete verde. El teatro lírico, que López nos mostrara desde el palco, se ve ahora tras las bambalinas; el campo, visto por Grandmontagne con ojos de repartidor de almacén, está ante nosotros a través del patrón de la estancia. La mugre que el primero encuentra en la casa del capataz no se limpia mucho en el rancho del puestero padre de Donata, en la que Andrés engendrará un hijo. Hay un parentesco estrecho entre la estancia de Cambaceres y la posterior de Benito Lynch, pero más aun en el carácter de los patrones, unos y otros violentos y arbitrarios. Los peones son tratados como bestias, con insultos y golpes. El dueño de campo es despótico, el peón servidor sumiso y resignado, salvo cuando —también aquí viene el recuerdo de Lynch— acumula rencores y resentimientos y toma venganza. No hay clase intermedia, porque el malhumor del dueño se desahoga hasta con el mayordomo y en la estancia revive el medieval derecho de pernada.

Ese es el campo que está tres pasos más cerca de la ciudad y de nuestra época que el de Gutiérrez. La ciudad sufre igual impacto y va resquebrajándose con el aluvión extranjero. Desaparecen, se hunden mejor dicho, las familias de la tradición, que retrata Ocantos en algunas de sus muchas novelas, para ser reemplazadas a la postre por las de ahora. A su través se observa el caos, bien aprovechado por los discípulos del autor de *Germinal*. La angurria y la falta de escrúpulos es lo que prima, porque mientras al interior van quienes quieren ganar trabajando el derecho de reposar los huesos en los viejos lares, en la urbe se quedan los que tienen otra garra y mayor angurria, los

desplazados o escupidos por otras sociedades, con pergaminos de nobleza que enlodaron, unos, con procesos de la justicia otros. Hasta tratantes de blancas, los que abrieron el camino de la mala fama a Buenos Aires, desfilan en las viejas novelas engañando a los incautos y explotando a las mujeres, por cierto que éstas de otro tipo que las recogidas enredadas policiales en tiempos de fortines, para enviárselas a los milicos y a los pioneros que se fueron al sur solos con sus mochilas, de las cuales nos habla Mármol al pasar.

Buenos Aires bullía en una especie de locura febril. La especulación enriqueció a algunos y derrumbó a muchos, a los ilusionados con la fortuna sin esfuerzo para ganarla. Los años de Pavón, documentados por Lucio López, pueden señalar el principio del cambio, por el fervor patriótico, portefiista, de los viejos luchadores, pero ya en *La gran aldea* tenemos un aventurero de elegante estilo en el doctor Montifiori, el documento de la carcoma de la Bolsa que empieza a roer y hasta un monseñor que se mezcla en la organización de la caza de fortunas. La novela de Lucio es de clave, como la mayoría de las que se escribieron a fin de siglo, es decir, que los tipos no habían de ser totalmente inventados.

Hubo médicos que prefirieron relatar con pluma de novelista lo que vieron con ojo de clínicos. El primero, Manuel T. Podestá, cuyo nombre recuerda la historia de nuestra medicina. Interesa a nuestros propósitos más *Irresponsable*, totalmente zolesca, que otras dos novelas suyas, de tinte romántico. Y no por las escenas de morgues que parecen puestos de carnicerías donde se cuelgan cuartos humanos, ni por los individuos anormales, un tanto dostoevskianos, cuya historia clínica nos presenta, sino por el daguerrotipo de un Buenos Aires que se acerca al noventa y que surge de sus capítulos, con una calle Florida multitudinaria que los ricos pasean en coches lujosos. La gente habla ya del próximo derrumbe de la Bolsa y llegan los inmigrantes, desfilando por la plaza del Retiro. Es una larga caravana de hombres, mujeres y niños, gen-

tes que integraron la gleba en sus países y que en su mayor parte seguirán en el nuevo poco más o menos lo mismo.

Dice el autor que “Iban caminando lentamente detrás del carro de sus equipajes: un gran carro, en el que se habían apiñado una pirámide de baúles, de valijas, de cestas nuevas, en cuyos escalones iban sentados algunos inmigrantes, en mangas de camisa, con el pecho descubierto, quemado por el sol, y a la sombra de grandes paraguas verdes y colorados para proteger a los niños que estaban allí prendidos al pecho de las madres recostadas cómodamente contra las valijas”. Era la marcha de los futuros constructores del país, la de los inmigrantes que venían a “hacer la América” y la hicieron en la realidad, aunque no en el sentido que ellos le daban a la construcción.

Hay muchas otras cosas en *Irresponsable* que interesan al estudioso de nuestras costumbres y de nuestra evolución. Entre ellas el comité político con sus caudillos y con su fauna propia. También están los caudillos y sus fieles en el libro de otro galearno que cantó a la multitud porteña: Francisco Sicardi, tumultuoso, desbordante, quien metió en un *Libro extraño* un regimiento de tipos, anormales los más. El libro tiene una entraña lírica cuanto caótica. Desfilan aquí orilleros, proxenetas, médicos como el autor, profetas alucinados, cuchilleros, alcoholistas consuetudinarios y mujeres “de la vida”. Con cantos y con relatos de crudezas, entre el barro y la promiscuidad del conventillo, viven casi todos estos seres y el arrabal palpita a veces con la ebullición de los detritus. Mientras Florida se engalana a diario, el arrabal tiene estertores de agonía y va siendo barrido, con el ombú que vive a destiempo, por el progreso de lo que está haciéndose gran ciudad. El gaucho deviene orillero que pulsa la guitarra y maneja el cuchillo al borde de la zanja de los desagües. Asistimos aquí también a la entrada de las nuevas razas que reemplazan a la vieja que se va, generación moribunda ésta para Sicardi. En el conventillo se desconoce el asado tradicional y se sirve el parmesano, mientras el viejo idioma se llena de sonidos extraños. Ya no son criollos sino los que están en ruinas. Franceses, ingleses, italianos, españoles ocupan sus

sitios y van poblando con nueva sangre la patria. No solo hay desalijos sino también mezclas, hasta de gringos con negros y mulatos. Según el autor, existe un contraste vivo entre Buenos Aires, pleno de actividad, y las provincias, cuya población no se renueva. Esta nueva sociedad tiene sus intérpretes y uno de ellos, Desiderio, caudillo de la masa, es, sin duda Alem, tribuno, apóstol más que caudillo, que se estremece de cólera cuando, diputado, conoce los secretos que llevaron al Congreso a sus colegas: el fraude, el dinero y la sangre, que con todo esto más la venta de la propia libertad habían escalado posiciones.

Sicardi nos ofrece el instante del surgimiento de nuevas fuerzas, con la presencia de las masas laboriosas que canalizan su lucha, tumultuosa aun, por nuevos senderos. Es la fuerza proletaria que intenta acaudillar un líder socialista pero que puede ir tras una prostituta, en impetuoso arrollar, contra la fábrica. Tres fuerzas sociales se perfilan, anarquista la una, socialista la otra y católica la tercera. Aunque contra la Iglesia arremete Sicardi con frecuencia, al fin es una especie de caudillo socialcristiano, proclamando la bondad del trabajo, el orden, la discusión pacífica, quien resume mejor su pensamiento social.

Es el mundo porteño, de la capital argentina, el que se refleja en *Libro extraño*, cuyo autor lo principia presentando individuos y lo termina destacando al pueblo como protagonista. Podríamos decir de Sicardi que fue el novelista de la plebe, de la multitud. Lejos de eso estuvo otro, que nos trae a la distancia también el palpitar colectivo pero que centró el argumento en ámbito menor, no con la objetividad del literato frío sino con la pasión del testigo indignado del drama que presencia. Se llamó José Miró, firmó Julián Martel y eligió como protagonista a la Bolsa, una especie de monstruo que primero se divierte con sus víctimas y después se las devora.

Las páginas iniciales de *La Bolsa* ya nos presentan, en otra escala y distinto ambiente, personajes que podrían estar en las de *Libro extraño*. Camino de la Bolsa, el autor se encuentra con extranjeros, "esos parásitos de nuestra riqueza que la inmigra-

ción trae a nuestras playas desde las comarcas más remotas". Para llegar de a pie hasta las puertas de ese gran garito hay que sortear vendedores de baratijas, holgazanes, mendigos que estiran sus manos mutiladas o muestran fistulas repugnantes, mujeres con niños en brazos implorando la caridad pública, canillitas. La página —todo el libro por cierto— puede representar bien la influencia zolesca en nuestras letras. En la Bolsa una abigarrada multitud se afana en el juego peligroso de los títulos, y los personajes que más atraen al autor son precisamente los extranjeros, mezclados aquí democráticamente, porque iguales son las ambiciones de criollos y gringos, aunque unos sean la flor y nata de la sociedad y otros su escoria: ganar dinero. Martel carga las tintas sobre los inmigrantes, incluyendo en esta categoría a gentes que no vinieron como tales sino en camarotes de lujo. Andan en la Bolsa aventureros internacionales codeándose con ministros que no tienen más escrúpulos que ellos y la sociedad es perfecta porque uno pone su experiencia larga y sucia y el otro su influencia o su poder de gobernante. Ambos factores sirven para obtener concesiones de ferrocarriles que se transfieren en veinticuatro horas, préstamos bancarios con garantía de la nada, proveedurías del ejército que enriquecen al concesionario a costa de la hambruna y la salud de la tropa. Ese es el mundo de las finanzas en el instante que lo capta el novelista. Se había reflejado ya en novelas anteriores, pero es aquí donde se apodera de la escena como personaje dominante y avasallador. Todo gira alrededor de la Bolsa, que juega con la desgracia de los hombres y el derrumbe de las familias. Buenos Aires hace alarde de lujo, de derroche y ostentación. Los que se enriquecen en el juego de los papeles levantan palacetes en la avenida Alvear, las niñas de estos hogares se pasean en Palermo en coches traídos de Europa y tirados por troncos que cruzaron el mar para llegar aquí. Se obtienen riquezas que duran pocos días y se llega a alturas por escaleras de ilusiones. ¿Qué es lo que ocurre en Buenos Aires? La locura colectiva, una locura que servirá para fundir al país y enlodar a los más virtuosos. Es una sociedad de malandrines la que

maneja las finanzas y envilece a la Nación. En el escritorio del doctor Glow se reúnen financistas y pillos, jugadores que dejaron en el olvido su noble profesión universitaria para dedicarse a vender lotes de tierras robadas en ciudades que no existen; el club es un garito, el despacho del ministro escenario de acomodados y negociados, los granujas son directores de bancos oficiales cuya plata hacen robar por terceros, que son sus asociados; unos tienen queridas y otros las explotan. Los tratantes de blancas se meten en los hogares de más honesta tradición y los hombres más puros dejan la honra en una lucha de caníbales.

Mientras en la feria de las vanidades que es Palermo o en el teatro lírico las damas rivalizan en ostentación de alhajas, la sociedad heterogénea que puebla Buenos Aires camina hacia el precipicio. Y a medida que el derrumbe se va entreviendo mayor es el derroche y más crece la audacia, hasta que llega el momento en que la última esperanza se pone en una carrera que se prepara con trampas. *La Bolsa* nos ofrece un panorama sombrío del país y la pluma de su autor destila una amargura que le sale de dentro, un poco como si él mismo fuera protagonista o víctima de los sucesos, como parece que lo fue. Lo doloroso es la falta de moral, el latrocinio organizado desde arriba. Nadie se salva del desastre más que los pillos de primera categoría, que manejan hilos ocultos y que a veces son a su vez manejados desde tierras lejanas, porque uno de estos aventureros no es más que el representante del gran capitalista internacional que planea adueñarse de las finanzas argentinas. En el gobierno andan los arribistas que tan bien describiera Payró en época no muy posterior y que no se extinguieron con la Revolución en que culminó tanta podredumbre.

Esta aventura del juego de bolsa fue denunciada por muchos, incluso por Groussac y Sicardi, y tuvo otro novelista que la puso en el centro de su creación: Carlos María Ocantos, quien escribió en el mismo tiempo *Quilito*, con distinto estilo literario y parecido enfoque. *Quilito* es hermana gemela de *La Bolsa* y en sus capítulos se presenta igual despliegue de lujos y personajes de pareja catadura: aventureros, prestamistas, tinterillos

enriquecidos en el juego, extranjeros que están aquí sólo el tiempo que demanda el atraco y ministros venales. La Bolsa, en una y otra novela, deja el tendal de empobrecidos, de suicidas y de locos. Luego de la euforia, la miseria. La sociedad tradicional, en Martel y en Ocantos, se derrumba, porque está obligada a dejar posiciones que ocupará la que va surgiendo de la revolución profunda y es incapaz de despojarse de su ingenuidad. En el noventa desaparece el espíritu criollo y los palacetes de las antiguas familias pasan a manos de los que barren con sus propietarios. Las novelas no lo dicen, pero lo que se salva y podrá salvar al país es lo de siempre, el trabajo honrado y creador. En la capital no se realiza sino que se derrocha su producto.

Todo esto refleja una época de transición. El despilfarro y la aventura no eran sino la representación de males más hondos, la enfermedad moral sobre todo. Cayeron las fuerzas morales pero quedaban algunas reservas y estas reservas se sublevaron en la Revolución del 90. La Revolución quedó también documentada en una novela, *La Maldonada* escrita por quien la vio de cerca. No la relata en estilo heroico y por eso mismo puede acercarse mucho a la realidad, sobre todo en lo episódico. Su autor fue Francisco Grandmontagne, el mismo de *Teodoro Foronda*, del cual andan en estas nuevas páginas algunos personajes, entre ellos los dos hijos del pinariego enriquecido. Es una novela de costumbres, con algo de Pérez Galdós y mucho de Pereda, que retrata magníficamente una sociedad en que se mueven gentes nuevas pero conserva todavía hábitos tradicionales. El viejo criollo, estanciero y criador de gallos, protesta contra la avalancha que viene de fuera, pero comprende a los muchachos y éstos lo acompañan en su fervor cívico. Estamos ante el porteñismo tradicional, que tiene como estandarte la figura austera de Mitre y va a la revuelta un poco en defensa de la Capital contra el interior que mete sus hombres en los puestos directivos.

Las escenas de la revolución son crudas. Con sus nombres o con otros, están los tribunos que dan espíritu al movimiento, pero los que accionan no tienen parejos ideales. Prefieren prac-

ticar el deporte de la caza y se dedican a voltear vigilantes —extranjeros que nada saben de todo esto casi todos— cuando éstos escapan para librarse de la chamusquina. Es el desentimiento desatado en la hora de la venganza o del desahogo. Y cuando al fin la policía, con su jefe al frente, desfila por las calles en dirección al Parque, se produce una verdadera masacre, porque al caer aquél, herido, se hace el desbande y la matanza de la tropa, a la que se tirotea desde azoteas y ventanas. Predomina el desorden y por la noche, dice el autor, “sin ton ni son, siguiendo un disparo a otro, comenzó un tiroteo general sobre la ciudad encerrada en tinieblas. Era el miedo común animando el fuego; unas descargas colectivas, como para anunciar-se unos a otros que segían vivos. Los acantonados corrieron a sus puestos, consumiendo entre todos más de cien mil cartuchos, disparados a la ventura, sobre las sombras. Jamás una revolución ha causado tantas víctimas casualmente”. Es historia menuda tal vez pero de cualquier manera una visión realista de la Revolución, en la que falta el heroísmo y sobra el rencor y el odio. El derrumbe de que fue culminación había de terminar en eso.

Este que hemos leído es un capítulo posible para una biografía de la Argentina, biografía novelada hemos dicho, y la época que refleja lo es a través de la literatura que llamamos imaginativa. Haciendo un juego de palabras, podría decirse que lo de novelesco es una simple ficción, porque la entraña, la esencia de las novelas donde se fija esa biografía, es de realidad. No están citados todos los autores, primero porque no caben en un solo capítulo y luego porque podría ser abundar en lo mismo. Sobre el más importante, don Roberto Payró, hemos escrito antes de ahora palabras que no es necesario repetir. Cabe decir que en general el personaje fue biografiado por escritores desilusionados y un tanto amargados. No sólo en este período ocurrió así por cierto, ni la zona de nuestra novelística que hemos recorrido está aislada como literatura de amargura, porque muchos, los más tal vez, de nuestros libros señeros en la interpretación del país acusan igual característica. Podrá ser

en algunos casos por el lente que usa el autor, o por su propio estado espiritual, pero lo cierto es que mirando el presente nos damos cuenta de que también ahora podrían escribirse páginas con igual savia y que si lo de ahora es consecuencia del pasado, lo que mostraron los escritores de esa época no debía estar lejos de lo real. Hasta diríamos que, cambiando fechas y decorados, puede parecernos escrita en nuestros días alguna de esas novelas.

Cabe empero recordar que los que más duro castigan los vicios y los malos hábitos son quienes desean desterrarlos y confían en la curación. Es decir, que tras la crítica amarga está la fe y se mantiene encendida la llama de la esperanza.

GERMAN GARCIA

Roca 430, Adrogué (Pcia. Buenos Aires)